

www.elboomeran.com

Éric Faye

LA INTRUSA

Traducción del francés de
José Antonio Soriano Marco



Título original: *Nagasaki*

Ilustración de la cubierta: Lia G/Arcangel Images

Copyright © Éditions Stock, 2010

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2013

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-496-3

Depósito legal: B-244-2013

1ª edición, enero de 2013

2ª edición, febrero de 2013

Printed in Spain

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdaguer, 1
Capellades, Barcelona

Se dice que los bambúes del mismo tronco
florecen el mismo día y mueren el mismo día,
por lejanos que sean los lugares del mundo en
que los planten.

PASCAL QUIGNARD

Esta novela está inspirada en una noticia aparecida en *Asahi*, entre otros periódicos japoneses, en mayo de 2008.

Hay que imaginarse un cincuentón decepcionado por serlo tanto y tan pronto, domiciliado en las afueras de Nagasaki, en una casita de un barrio con calles de cuevas vertiginosas. Y ver esas serpientes de blando asfalto que reptan hacia la cima de los montes, donde una muralla de caóticos y torcidos bambúes detiene el hervidero urbano de tejados, terrados, techados y sabe Dios qué más. Ahí es donde vivo. ¿Quién soy? Sin querer exagerar, un don nadie. Me aferro a costumbres de soltero que me sirven de parapeto y para decirme que, en el fondo, no tengo mucho que reprocharme.

Una de esas costumbres consiste en seguir lo menos posible a mis compañeros cuando van a tomar unas cervezas o unas copas al salir del trabajo. Prefiero reencontrarme un poco

conmigo mismo en mi casa y cenar temprano, en todo caso, nunca después de las seis y media. Si estuviera casado, puede que no me impusiera la misma disciplina y los acompañara más de una vez. Pero no lo estoy (casado). Y, en realidad, tengo cincuenta y seis.

Ese día llegué a casa antes de lo habitual porque me sentía un poco destemplado. No pasaban de las cinco cuando el tranvía me dejó en mi calle con una bolsa de la compra en cada mano. Entre semana no es frecuente que regrese tan temprano, así que tuve la sensación de entrar como un ladrón. Seguramente, «como un ladrón» es un poco exagerado, aunque... Hasta hace bien poco no solía cerrar con llave cuando salía. Nuestro barrio es muy tranquilo, y en el vecindario hay varias ancianas (la señora Ota, la señora Abe y alguna otra que vive un poco más lejos) que se pasan el día en casa. Cuando vuelvo cargado, resulta cómodo haber dejado abierto: bajo del tranvía y sólo tengo que andar unos metros; luego tiro de la puerta corredera y ya estoy en casa. Lo que tardo en quitarme los zapatos y ponerme unos calcetines, y empiezo a guardar la compra en los armarios de la cocina. Después, me siento y res-

piro. Pero ese día no pude darme ese lujo: al ver el frigorífico, mis temores de la víspera despertaron con un sobresalto. Sin embargo, al abrirlo todo me pareció normal. Todo estaba en su sitio, es decir, donde estaba por la mañana, cuando me fui. Las verduras envinagradas, el tofu en cubitos, las anguilas para la cena... Examiné con atención las bandejas de cristal. Salsa de soja y rábanos, laminarias secas y puré de judías pintas, pulpo crudo en un tupperware... En el estante de abajo, las bolsitas triangulares de arroz con algas eran exactamente cuatro. Y allí estaban las dos berenjenas. Respiré aliviado; además, estaba seguro de que la regla también me tranquilizaría. Es una regla de acero inoxidable de cuarenta centímetros de longitud. Pegué una tira de papel blanco en el canto no graduado y a continuación sumergí la regla en el tetrabrik de zumo multivitaminado (A, C y E) que había empezado esa mañana. Esperé unos segundos, los suficientes para que mi sonda se empapara, y la saqué lentamente. No me atrevía a mirar. Ocho centímetros, comprobé. Sólo quedaban ocho centímetros de los quince que había cuando me marché. Alguien se había bebido el resto. Pero vivo solo.

La inquietud volvió a bullir en mi interior. A fin de asegurarme, consulté la libreta en que apuntaba los niveles y cantidades desde hacía unos días. Sí, esa mañana había quince... Una vez llegué a fotografiar el interior del frigorífico, pero enseguida dejé de hacerlo. Pereza, sensación de ridículo... Debo decir que por esas fechas mis dudas aún eran vagas; en cambio, ahora ya no me quedaba ninguna. Tenía una nueva prueba, la tercera en dos semanas, de que efectivamente pasaba algo, y yo soy una persona racional, no alguien capaz de creer que un ectoplasma se cuela en tu casa para beber algo y comerse las sobras.

Mis primeras sospechas, surgidas hacía ya varias semanas, se habían disipado rápidamente. Pero poco después habían regresado de un modo sutil, como insectos que revolotean en el aire nocturno y desaparecen antes de que sepas qué pasa. Todo había empezado con la certeza de que había comprado un alimento que luego no encontraba. Por supuesto, mi primera reacción fue dudar de mí mismo. Es tan fácil convencerte de que has puesto un artículo en el carrito del supermercado, cuando en realidad no has pasado de la intención... Qué tentador

es echar la culpa de los titubeos de la memoria al cansancio. ¿Acaso hay algo que el cansancio no pueda justificar?

La segunda vez, dio la casualidad de que había guardado el tiquet de la compra y pude comprobar que no eran imaginaciones mías: sí, claro que había comprado el pescado que se había volatilizado. Sin embargo, resultaba difícil sacar una conclusión clara de esa evidencia, pasar de golpe de la perplejidad intrigada a un comienzo de explicación. Estaba conmocionado. De algún modo, el interior de mi frigorífico era la matriz en constante renovación de mi porvenir: allí dentro me esperaban las moléculas que me proporcionarían energía durante los siguientes días en forma de berenjenas, zumo de mango y a saber qué más. Mis microbios, mis toxinas y mis proteínas de mañana aguardaban en aquella fría antecámara, y la idea de que una mano ajena atentara contra mi yo futuro mediante hurtos aleatorios me inquietaba profundamente. Mejor dicho, me repugnaba. Era ni más ni menos que una forma de violación.

~ ~ ~

La noche transcurrió sin que mermara mi perplejidad ante la bajada de nivel del zumo. Por la mañana, mi quisquillosa mente se empeñó en juntar las piezas del puzle. En momentos así, el cerebro investiga, reconstruye, coteja, deduce, analiza, calcula, yuxtapone, supone, contrapone... Hasta acabar maldiciendo el frigorífico Sanyo gris, sobre el que un socarrón fabricante tuvo la ocurrencia de estampar el eslogan *Always being with you*. ¿Se habrá visto alguna vez un frigorífico encantado? ¿O que se alimentara sisando parte de su contenido? Al regresar de la oficina, decidí librarme de aquella angustia que se había ido convirtiendo en una tortura. Apenas eran las seis; aún me daba tiempo a... Era un recurso extremo y seguramente me sentiría ridículo, pero mi ansiedad había llegado a tal punto que ahora lo único importante era saber. Al diablo con mis costumbres, cenaría tarde.

Volví a vestirme y calzarme para salir y salté a un tranvía que descendía en dirección a Hamanomachi. La tienda donde pensaba comprar mi nueva «trampa» estaba a sólo dos paradas; si no había perdido mi buena mano para el bricolaje, esa noche dormiría más tranquilo.

Al final, la instalación del artefacto resultó más fácil de lo que esperaba, sin necesidad de recurrir a mi supuesta habilidad. La activación de aquel pequeño dispositivo que relegaba a la Edad de Piedra mis mediciones frigoríficas sólo podría hacerse desde mi puesto de trabajo, al día siguiente. Procuraría estar allí lo antes posible, alrededor de las ocho. Actuar me tranquilizaba, pero me sentía impaciente y, por qué no decirlo, un poco raro: pasaban de las nueve cuando me di cuenta de que aún no había cenado. Bah, por una vez... Con una tetera caliente al lado del sillón, intenté distraerme viendo la tele, pero a mis ojos, que se negaban a cerrarse, ningún programa les hacía gracia. Así que abrí la revista a la que estoy suscrito y que no suelo leer nunca. En la página 37, la fotografía de un tipo arrugado como una pasa me llamó la atención. «Tanabe Tomoji no ha probado el alcohol en su vida», afirmaba el periodista. Tras echarle una ojeada al artículo, no pude evitar decirme: ¡Menudo imbécil! Tanabe, el decano de la humanidad, asegura haber llegado casi a los ciento trece años manducando únicamente verdura y, muy de vez en cuando, gambas fritas. ¡Todo un juer-

guista! El gran placer de aquel fósil viviente consistía en chupar un par de gambas. Encima, cada vez las probaba menos, porque los fritos no le sentaban bien. ¡Pobre Tanabe! Pronto entrarás en el nirvana y todo irá mejor, ya lo verás: en la puerta han colocado un puesto de gambas fritas con poco aceite donde podrás ponerte las botas...

Sonreí, pero estaba fascinado; había dejado de pensar en la trampa, y no levanté los ojos del artículo hasta llegar al final. «Soy feliz —aseguraba aquel carcamal—. Quiero vivir diez años más.» ¡Qué tonto! Y después, no sé por qué, olvidándome del día que acababa entre el lejano rumor de la circulación, me quedé un rato en la penumbra junto al ventanal, mirando sin ver la bahía, con el astillero y las negras siluetas de los barcos.

Y entonces crees que tu yo y todos los sedimentos que arrastra (amargura, preocupaciones, remordimientos, decepciones, envidias...) se van a diluir en un sueño de bebé. Pero la noche empieza y no es como la imaginabas. Aunque son como siempre han sido, ni más ni menos, las cigarras te despiertan cuando empiezas a coger el sueño. Borrachas, tozu-

das, las condenadas chirrían y chirrían, ¿o será que esta noche estás especialmente sensible? Ahí las tienes, entrando en fila india en tu cabeza por un oído y saliendo por el otro, después de pasearse por tu cráneo, a cuyo interior se lanzan en tromba, una detrás de otra, risueñas, burlonas. Por suerte, un fuerte chaparrón las dispersa poco antes del amanecer, como los cañones de agua dispersaban a los manifestantes, ya no recuerdas dónde, anoche, en el tele-diario de la NHK. Pero ¿cómo dormirte pensando que, con un simple duplicado de llave, el intruso, porque hay un intruso, puede invitarse a tu casa en cualquier momento en compañía de los forzudos de sus amigos, que te darán una paliza y te dejarán medio muerto antes de que sepas lo que pasa? Piensas: La culpa de que no duerma y del monumental dolor de cabeza que tendré dentro de un rato, delante de mis depresiones y mis anticiclones, es tuya, intruso. Pero no te apures, ya arreglaremos cuentas. Está todo listo. Y ahora, arriba, que ya son las seis y media.

~

Un día, de pronto ya no pasa nada. De tanto tensarla, la cuerda del destino se ha roto. Ya no ocurre nada. La onda expansiva de tu nacimiento ha quedado muy lejos, no, ¡lejísimos! Son los tiempos modernos. Tu vida se extiende entre el fracaso y el éxito. Entre el hielo y la subida de la savia. Esto es a lo que daba vueltas en el tranvía hace una semana; pero esta mañana, pensar que tal apreciación podría ser errónea hace que me sienta eufórico, aquí, en el mismo asiento del tranvía, frente al mismo decorado urbano. El vehículo desciende, devora paradas, devora, parada tras parada, seres humanos silenciosos y pensativos, empeñados en descifrar sueños que superan su entendimiento. ¿Vivirán más intensamente dormidos que despiertos? Después de un rosario de estaciones que sé de memoria, Kankodori, Edomachi y Ohato, Gotomachi y luego Yachiyomachi y Takaramachi, bajo y cojo otra línea. A veces hago el último trayecto a pie, pero esta mañana, entre la pereza y la prisa... En cuanto salgo de la chirriante oruga, las cigarras toman el relevo mientras avanzo bajo sus árboles. Me critican, aserran mis ideas y las frases incipientes de tal modo que, al llegar a la oficina, cierro

las ventanas, sólo un momento, les digo a los compañeros: No he pegado ojo por culpa de las cigarras, esta mañana están histéricas, ¿las oís?, es como para ponerse tapones y hundírse-los hasta los tímpanos, y además te persiguen aunque esté todo cerrado, las condenadas atraviesan el cristal y el hormigón, se ríen de las paredes... Y en ese momento me acuerdo de mi asunto: la cámara y el condenado que se ríe de mis paredes.

Me aísló en mi puesto de trabajo. Los compañeros me suponen enfrascado en el examen de las fotos de satélite llegadas durante la noche. Es que soy meteorólogo, como ellos. Todas las mañanas, en cuanto enciendo el ordenador y abro los programas, consulto los últimos mapas y los informes enviados por las estaciones. Como hoy nada exige que me ponga a redactar un boletín de alerta o alguna otra tarea urgente, abro una ventana en la parte inferior de la pantalla, a la derecha. Unos cuantos clics y la trampa queda activada. Listo. La paz de la cocina donde he desayunado hace un rato surge ante mí como por arte de magia. Todo parece tranquilo. Si fuera el marido de una mujer «de su casa», la vería moverse a

distancia. Por la tarde, al salir de la oficina, sabría qué habría para cenar. La webcam que instalé anoche funciona de maravilla. Sin moverme de mi asiento, me convierto en un ninja invisible que vigila su vivienda. Me vuelvo ubicuo sin esfuerzo. Pero suena el teléfono, me reclaman. La reunión del departamento, prevista para las diez, se ha adelantado: empezará enseguida. ¡Maldita sea! Con lo que me habría gustado concentrarme en el pequeño acuario de la esquina inferior derecha...

Más tarde, finalizada la reunión, recupero el uso de mi tercer ojo y vuelvo a montar guardia. Estas minúsculas webcams se pueden conectar a los teléfonos móviles, que es lo que debería haber hecho si el mío no fuera antediluviano (tres años). Durante la reunión, en lugar de perder el tiempo, habría vigilado la cocina mientras los oía escucharse a sí mismos, explicarse y explayarse. Si estuviera casado, seguiría a mi mujer con la mirada, porque tendría celos o porque no podría separarme de ella. Al pasar ante la cámara, ella le haría un guiño pícaro a mi tercer ojo, o le lanzaría un beso. Sabría qué amigas la visitan por la tarde y qué se pone para recibirlas. Pero esta cámara no es

un cinturón de castidad ni ningún otro sistema de seguridad conyugal. Desde el interior del aparador acristalado donde la he colocado, echa una ojeada glacial a mi soledad y, si me entretengo demasiado, me produce escalofríos. Por suerte, suena el teléfono y un compañero me hace una consulta. Afino cartas meteorológicas marinas: mi trabajo consiste en salvar anticipadamente a los pescadores desde Tsushima hasta Tanega-shima, e incluso más lejos.

La mañana avanza y las cigarras persisten. Soy un manojo de nervios indefenso ante ellas. Harían confesar a cualquier sospechoso.

La que no confiesa es la cocina.

He agrandado la ventana de la esquina inferior derecha, que ahora está en modo «pantalla completa». Ni así. De todos modos, es extraño. Como si ahora que lo he ampliado todo y examino la cocina con detalle... Algo insignificante me deja perplejo. ¿Estaba la botella de agua mineral bien a la vista en la encimera? A veces, los expertos en arte se dejan llevar por intuiciones similares: el cuadro que les presentan es una falsificación, están convencidos, pero no saben justificarlo. Retroceden un paso, avanzan otro... Y yo recorro la

cocina con la lupa de mi inquietud. Esa cocina es una falsificación. La botella se ha movido. Mientras yo estaba a) en la reunión, b) en el lavabo, c) al teléfono o d) entretenido con un compañero y sus dificultades para interpretar un negativo. Pero, en realidad, ¿estoy absolutamente seguro de que no sigue en el lugar exacto donde la dejé? Durante el resto de la mañana, sólo he estado fuera lo que he tardado en comprar un *bento* en el Lawson de la esquina para comer delante del ordenador, diez minutos de ausencia que ahora compenso no quitando ojo a la mesa en la que cenaré esta noche. Soy como un meteorólogo confinado en el corazón de un anticiclón estático. Por un momento, al abrir la bandeja del almuerzo y ver los pequeños compartimentos con alimentos multicolores, he tenido la sensación de observar el interior de una casa de muñecas. Y entonces me he dicho: Podrías instalar una webcam en cada una de tus seis habitaciones, dividir la pantalla en otras tantas ventanas y no hacer otra cosa en todo el día: escudriñar desde la distancia el *bento* en que vives.

Y llega la hora de la pausa. Mis compañeros huyen de la oficina, donde el aire acondi-

cionado se ha declarado en huelga. Yo, por mi parte, prefiero asfixiarme a aguantar las cigarras y vuelvo a cerrar todas las ventanas menos una, la del ordenador, y me acabo compartimento tras compartimento el contenido del *bento*. ¿La botella de agua no estaba un poco más cerca del fregadero hace un momento? Unos quince o veinte centímetros, diría yo... Acabo convenciéndome, pero de repente el viento cambia de dirección. Te lo imaginas, confundes las visiones de tu inconsciente con la realidad. Además, ¿estás seguro de que han desaparecido yogures? Deberías presentarte en la comisaria y poner una denuncia, sí señor: En los últimos meses me han robado tres yogures... Cálmate, anda. Últimamente tienes los nervios de punta.

Por la tarde estuve charlando con dos compañeros nuevos que no tenían nada mejor que hacer que pegarse a mí. Mientras les enseñaba a utilizar un programa de diseño de mapas, me entraron ganas de agarrarlos y entrechocarles las cabezas, a ver si así se enteraban de que habían elegido un momento pésimo para im-

portunarme, aunque debería haberles bastado con mi tono cortante, en especial cuando uno de ellos me preguntó para qué servía la web-cam de la esquina inferior derecha de la pantalla: «Ésa.» Me hice el sordo y seguí dándoles explicaciones, sin dejar de mirar de reojo la cocina. Debieron de tomarme por un obsesivo o un hogareño depresivo. ¿O sería la casa de su anciana madre, a la que vigilaba a distancia? Seguía parloteando con aquellos dos cuando el rectángulo de la esquina inferior derecha se oscureció ligeramente. Una figura se desplazaba por la pantalla, aplastada (la cámara en gran angular reducía todo lo que entraba en su campo visual, no debería haberla puesto tan alto) y a contraluz; por unos instantes ocultó parcialmente la ventana que da a la calle. Mientras respondía a aquellos pelmas, comprobé que se trataba de una mujer, a juzgar por su peinado y su aspecto frágil, ya no demasiado joven. La figura se limitó a cruzar la cocina y sólo vi su cara en escorzo, lo que es tanto como decir que no distinguí nada con claridad. Tratando de ocultar mi desconcierto, me volví hacia aquellos dos y seguí soltando banalidades mientras procuraba parecer relajado. Era ridículo. Cuan-

do volví a mirar, la figura ya no estaba. Los dos compañeros me dieron las gracias y me dejaron con mi cocina vacía, como si hubiera sufrido una alucinación. Paciencia, seguro que volvía a pasar en dirección contraria.

Pero no. Diez minutos, un cuarto de hora... Llamar a la policía habría sido absurdo. ¿Con qué motivo? ¿Una silueta fugaz? Ya oía al poli cuando volviera de registrar mi casa inútilmente: A lo mejor está usted casado en una dimensión paralela, Shimura-san, o ha creído ver al fin a la mujer con la que le habría gustado casarse. Y acercándose a mí, con tono de psiquiatra: ¿Una chica que lo humilló en su adolescencia? Sus delicadas facciones perviven intactas en su memoria; pero ese recuerdo tan intenso está pésimamente aparcado y provoca un tremendo atasco en su cabeza... ¿O se trata del duende de un cuento, que ha fijado su residencia en su casa? Todos estamos como usted, señor Shimura, todos tenemos visiones cuando intentamos salir adelante. Y después, en tono de libidinosa complicidad, con voz insinuante y una sonrisa a juego, daría un paso más: Una prostituta o una yonqui, ¿verdad?, confiese; o quizá una masajista de la que se

encaprichó y luego se cansó, ya, es humano ¿sabe?, ella se aferraba a usted porque no tenía adónde ir, así que se la quitó de encima amenazándola con acusarla de allanamiento de morada y robo...

¡No! No quería oír sandeces. Necesitaba una prueba. Los policías no detienen a las corrientes de aire. Cerré provisionalmente la ventana «cocina» de la pantalla. Los compañeros volvieron a abrir las de la oficina y las cigarras se colaron por decenas. Malditas... Detrás de ellas, los cuervos repetían la misma cantinela: *qué, qué*. Y sobre ese coro, como solistas, las campanas de Urakami y las sirenas de la policía persiguiendo duendes.

Al bajar del tranvía, las cigarras siguen ahí, atormentándome como arpías lanzadas en mi persecución, agitando sus maracas junto a mis oídos. Invisibles, me imponen su ritmo en mi camino hacia la locura. Me da miedo entrar en casa. De lejos, la cerradura no parece forzada. ¿Tranquilizador? No sé qué decir. La vieja Ota, de guardia permanente, me ve plantado en la acera y me llama. A veces, me hace señas para que me acerque y hablamos de esto y lo otro. Un día me explicó que le recordaba a su hijo.

La misma edad, el mismo aspecto de buen chico... Pero él es padre de familia y vive lejos. Sólo viene una vez al año. O dos, si se me ocurre morirme, bromea. Absorbido por mis preocupaciones de la tarde, casi espero oírle decir, con la misma voz afectada que emplea para sazonar los chismes del barrio: ¡La he visto salir de su casa! Pero no, sencillamente quiere charlar un rato, como siempre, así que al final soy yo quien le pregunta. Arquea las cejas y comprendo que no ha notado nada raro, lo que casi la avergüenza:

—Y eso que no me he movido de aquí más que para hacer la compra.

¿Me habré imaginado a la mujer de la pantalla? ¿Será que, a fuerza de enfocar la formica de una cocina, las webcams acaban filmando «también» los espíritus del lugar, los *kamis*? ¿O los espectros que se pasean por un sitio supuestamente vacío? Al cabo de un tiempo, ¿se volverá sensible la «retina» de una cámara a lo que el ojo humano no es capaz de distinguir, del mismo modo que un perro capta los ultrasonidos que el oído de su amo no percibe? Cuando hago amago de marcharme, la señora Ota me lanza una mirada de reojo.

—¿Por qué me lo pregunta? ¿Debería haber visto a alguien? ¿Ha tenido visita?

Pongo cara de apuro, suspiro y sonrío.

—Creo que me estoy volviendo un poco desconfiado. Esta mañana he visto dando vueltas por el barrio a una antigua señora de la limpieza que sospecho que se quedó con un duplicado de la llave. Así que...

—Uno acaba desconfiando de todo.

—En los tiempos que corren...

—Pero ¿tuvo una señora de la limpieza, Shimura-san?

—Bueno, es que estuvo poco tiempo...

—¿Y no le inspiraba confianza?

Me salí por la tangente. Le había contado una mentira creíble para incitarla a redoblar la vigilancia sin pedírselo. ¿Qué deidad era la que exigía como ofrenda un yogur, una ciruela confitada o arroz con algas? Aunque me educaron en el catolicismo, visito regularmente el altar del barrio para alimentar a nuestros *kamis*. No podía imaginar que fueran a las casas particulares a servirse ellos mismos.

—¿Sabe? —dijo ella—. Puede que haya visto a esa señora de la limpieza... Hace cosa de un mes, me pareció que había alguien en su

cocina, en pleno día. ¡Vaya, vaya!, me dije. Pero luego recordé que tiene usted una hermana que lo visita de vez en cuando. Y a lo mejor sale con alguien, me dije también. A lo mejor usted sale con alguien.

Su rostro regordete rezumaba dulzura. Era evidente que la señora Ota me apreciaba. Pero lo desmentí con una risita de fingido apuro.

—Bueno, pensé que... El tiempo pasa, señor Shimura. También para usted, no lo olvide. Debería salir con alguien; si no, cuando llegue a viejo estará muy solo.

Tras abrir la puerta corredera, me quedé a la escucha. No se oía nada raro. O bien la señora Ota había bajado la guardia durante la tarde, o bien la figura que yo había creído ver había salido furtivamente por una ventana trasera, como un guerrero ninja que se materializa en determinado sitio y desaparece del mismo modo, de repente y con sigilo. Me apresuré a examinar las ventanas y comprobé que una de ellas, la de la habitación de invitados, no estaba cerrada con pestillo. Sí, podía haberse escabullido por esa ventana que no da a ninguna parte, a ninguna señora Ota. Sólo a los montes de enfrente, cubiertos de techos grises que me

recuerdan a las escamas de un monstruo. Y ese monstruo se estaba adormilando. Eché el pestillo prometiéndome que cada mañana comprobaría que todas las ventanas estuvieran bien cerradas. Después de bajar las persianas me sentí mejor, aunque un poco tenso. Pensé en la silueta que la señora Ota había visto hacía un mes. A medida que avanzaba la tarde, mis ideas se desmandaban. Imposible reagruparlas para que formaran un conjunto coherente. Agotado, me preparé una cena muy frugal, pero abrir el frigorífico me costó un disgusto: había desaparecido otro yogur. Ya tenía suficientes indicios para deducir la dieta de la intrusa. Era grotesco. Era llevar la broma demasiado lejos. Ya no me sentía en mi casa.

Abrí los cajones del salón y de mi habitación uno tras otro. No faltaba nada; los escasos objetos de valor seguían en su sitio. Pero, lejos de tranquilizarme, esa constatación sólo sirvió para aumentar mi inquietud. Estaba ante un caso «anormal», y sentí que la sombra del miedo pasaba sobre mí. ¿Qué pretendía aquella mujer? Una noche, la reina de Inglaterra se dio de bruces con un desconocido en su habitación. El individuo había burlado todo lo burlable alre-

dedor del palacio, se había colado por la ventana y luego se había quedado esperando tranquilamente a su soberana. Tan feliz, para charlar un rato. ¿Tendría yo también una fan? ¿Se interesaría alguna groupie, al fin, por un currante anónimo como yo? Dos días antes, durante la pausa en la oficina, había entrado en Facebook a la pesca de amigos/as. Siempre redacto mis peticiones de contacto de la misma forma: Si también eres de la región de Shimabara... O: Si vives en Nagasaki, como yo... Es como echar el anzuelo en aguas revueltas. Cansado del aspecto aleatorio de esas búsquedas, que inicio más por aburrimiento que por encontrar realmente un alma gemela o a sus primas, tecleé los nombres de dos actores mediocres, tipos que ya estaban acabados al comienzo mismo de sus carreras. Aunque nunca han hecho más que películas de *yakuzas*, tanto el uno como el otro tenían grupos de entre tres y cuatro mil fans. Se me cayó el alma a los pies.

¡Bah! Después de dos Sapporo bien frías me siento mejor. Ya ni siquiera veo la necesidad de llamar a mi hermana. Pongo la televisión

y voy cambiando de cadena. Durante unos minutos me entretengo con un documental sobre Hiroshi Ishiguro, el investigador en robótica que ha creado un androide a su imagen y semejanza. Dentro de unos veinte años, dice una voz en *off*, robots con rostro humano (¡femenino!) ocuparán innumerables puestos de recepcionista. Pero lo más duro, pronostican los expertos, será superar el «valle misterioso», el malestar que nos invade al comprobar que el androide no es exactamente como nosotros. No es de la «familia». Seguramente para salir de ese valle misterioso, cambio a un programa de entretenimiento, un juego en directo de Niigata, y no me doy cuenta del tiempo que he pasado dormitando hasta que me despierta la publicidad. ¡CUATRO ACCIONES ANTI-EDAD PARA UNA HIDRATACIÓN INTENSIVA!, proclama a dos metros de mi modorra una beldad pelirroja, vivaracha recepcionista del valle misterioso... Voy a tumbarme en el tatami, pero cuando intento dormirme enumerando como cada noche las reglas de oro de un mundo ideal, fracaso. Y el fracaso se eterniza. Por más decretos que promulgo, esta noche mi sociedad idílica no tiene el menor poder sedante. Más

tarde, los sueños me entrecortan el descanso. El inconsciente entra en erupción. El pasado emerge por grietas ocultas y nombres súbitamente llevados a ebullición regresan a mi memoria. Hizuru, Mariko o Fumiko, divinidades olvidadas que reaparecen con una risita burlona para decirme: Seguimos ahí, no te librarás de nosotras tan fácilmente. Al despertar, habrán vuelto a sus escondrijos dejando tras de sí, como siempre, una pátina de ansiedad.

Antes de marcharme, me aseguré de que la cámara funcionaba y todo estaba bien cerrado. Evidentemente, si la mujer había hecho un duplicado de la llave y quería volver... Yo sólo podía mantener la vigilancia. A fuerza de observar, conforme avanzaba la mañana me fui tranquilizando. Lo había comprobado todo cuidadosamente; no me había dejado nada abierto. Nadie podía entrar, salvo que atravesara las paredes. Fui recuperando la confianza. Sin abandonar mi puesto ni un instante, conseguí trabajar casi normalmente. Nadie me molestaba; no había ninguna reunión programada. En el Family-Mart de al lado de casa

había comprado un *bento*, una bolsa de ciruelas a la sal y dos Kirin, para almorzar solo en la oficina en cuanto mis compañeros salieran en desbandada durante la pausa. Ya eran las once y media y todo seguía su curso normal, que no tenía por qué torcerse antes del fin de la jornada. Pero de pronto (había apartado los ojos de la cocina unos segundos para modificar el último mapa del mar interior) distinguí una figura, y esa figura era muy parecida a la del día anterior, aunque esta vez no se movía. ¿Cómo demonios había conseguido...? Era brujería. No lo podía entender. De pie ante la ventana inundada de sol, llenaba un cazo de agua. Ya era mía. Sin reflexionar, levanté el auricular y marqué un número de emergencia. ¡¿Policía?! exclamé, sin darme cuenta de que alarmaría al resto de la oficina. Compañeros que no apartaban los ojos de la pantalla por nada del mundo (¿para qué crear costosos robots, si ya existen?), ahora estiraron el cuello, sorprendidos por esa única palabra pronunciada en tono angustiado, ansioso: «¿Policía?» Arquearon las cejas y se miraron unos a otros, como si en nuestro departamento acabara de cometerse un crimen del que no tenían noticia,

pero que iban a revelarles si aguzaban el oído. ¿Policía? Soy Shimura Kobo. (Y recité mis datos, incluyendo a regañadientes mi dirección particular.) Acaba de entrar alguien en mi casa. (Pero me guardé de añadir «para tomar un té».)... Sí, en este mismo momento. La estoy vigilando —es una mujer— mediante una webcam... No, no parece ir armada y actúa con confianza... Estoy en el trabajo, en la otra punta de la ciudad... No, no podría llegar enseguida. Utilicen una llave maestra o lo que sea para la puerta de entrada, y ténganme al corriente... Sí, por supuesto, pasaré por la comisaría para poner la denuncia dentro de unas dos horas, a lo sumo tres.

Colgué. Los compañeros que estaban sentados cerca se arremolinaron a mi alrededor con los ojos desorbitados y casi disculpándose por haber oído contra su voluntad, no tenían intención, no deberían haberlo hecho, pero aquello era increíble. Seguramente esperaban que les proporcionara datos suficientes para satisfacer su curiosidad, para tener algo que contar esa noche en casa. Se mostraban respetuosos y se prodigaban en ¡ah! y ¡oh! de una compasión que no necesitaba. Todos miraban

de reojo la cocina, que había agrandado a pantalla completa, y, en la cocina, a aquella mujer de perfil que ignoraba nuestras miradas y su repentina celebridad. Luego, comprendiendo, por el galimatías que les solté, que no estaba en condiciones de ser claro, se retiraron negando ligeramente con la cabeza y, al fin, me dejaron solo. Según el relojito del ordenador, había colgado el teléfono hacía tres minutos.

Y ella seguía allí. El agua, ya a la temperatura adecuada, caía en la tetera, de la que salía vapor. La mujer se había servido *bancha* —el té para la tarde que no me desvela— de la caja taraceada que me compré el año pasado en Hakone. El calor era bastante más llevadero que el día anterior; las cigarras habían bajado un tono; y yo no entendía nada de lo que pasaba en mi casa. Todo parecía tranquilo. Una proyección de la vida en pareja que podrías haber llevado, eso es lo que los agentes van a detener, me dije. Un reflejo de tus frustraciones. Con tal de que no se mueva de ahí... Si se estuviera preparando la comida tendría para un buen rato, el suficiente para que la pillaran con las manos en la masa. Estaba allí como una cierva en medio del claro, sin saber que el lobo

la había descubierto. El tiempo caía gota a gota y yo contenía la respiración. Está perdida... Pero el cielo acabó despejándose y el sol inundó la cocina. La mujer, que ahora estaba echando arroz en el cocedor, alzó la cabeza hacia la ventana. Qué agradable era aquel sol de la mañana, cómo prodigaba sus favores... El acero inoxidable del fregadero relucía. Ella estaba casi de espaldas y, de pronto, sólo tuve ojos para su nuca, ambarina, arqueada, y su elegante cuello, como surgido de las hábiles manos de un alfarero. Y ese cuello descendía hacia un pecho color arena, oculto, perfilado por dos pequeñas dunas. A través del cristal contemplaba el milagro del sol. Con los párpados entornados, se dejaba acariciar por aquella bendición del cielo; su rostro, que había perdido la juventud y, por qué no decirlo, carecía de todo atractivo, recibía plácidamente los rayos, que se sucedían unos a otros sólo para ella, después de haber salido, a saber cuándo, de una estrella que se encontraba a cincuenta millones de kilómetros de allí. ¡Oh, qué poco le importaba en ese momento no ser joven ni atractiva! Para mí era evidente. Estaba sola —eso creía— y en la gloria. Con los ojos todavía entornados, son-

reía. Y, de pronto, me dije que debía de estar relajándose, recobrándose de miedos y sufrimientos, respirando. Puede que incluso se sintiera feliz. Si supiera... ¡Oh, su sonrisa! De repente, me hacía daño. Golpear la pantalla del ordenador para llamar su atención... ¿Qué había hecho? Cogí el auricular y marqué mi propio número. Al primer timbrado volvió la cabeza, como arrancada de un sueño agradable. Luego retomó rápidamente la postura anterior. Pero ¡contesta! ¡Date prisa! Tenía que comprender que la llamada era para ella. Insistí, pero nada. ¿Cómo iba a imaginárselo? ¿Cómo iba a imaginarme yo mismo que, después de atraerla a una trampa, intentaría sacarla de ella antes de que la atrapara? La mujer vigilaba la cocción del arroz y el tiempo de infusión del *bancha*, haciendo oídos sordos a mis timbrados. Diez, once... Le habría gritado: ¡Sal disparada antes de que lleguen y no vuelvas! O simplemente: ¡Que vienen! Seguro que reaccionaba. Un vistazo al reloj. El segundero seguía girando, el tiempo no se había detenido. La mujer aprovechaba el sol antes de la siguiente nube, y yo me moría de ganas de gritarle: ¡Corre, o despídete del sol para una buena temporada!

Exasperado, acabé colgando. ¿Prefieres a los polis? ¡Pues espéralos! Hasta puedes servirles el té, calcula tres o cuatro tazas, ya sabes dónde están. Ya no hay nada que hacer. Los segundos se agotan, el sol se eclipsa. La mujer echa un vistazo al arroz y bebe un sorbo de té. Ahora tiene los ojos muy abiertos; la sonrisa que había aflorado a sus labios cuando el sol la iluminaba se ha desvanecido. ¿Y si volviera a intentarlo? La mujer va a coger la

pero se estremece. Se ha quedado quieta. La cierva percibe el peligro. Y ahora retrocede, su rostro cambia de expresión. Retrocede y desaparece del campo visual. ¿Tendrá tiempo de huir?

~

Como sabría más tarde, cuando me llamó un inspector, los agentes encontraron la casa cerrada a cal y canto. Ninguna ventana abierta, para su sorpresa. Tras forzar la cerradura, aún los sorprendió más no hallar a nadie en el interior. Sin embargo, todo estaba bien cerrado.

Creyendo que se trataba de una broma, estuvieron a punto de marcharse. El autor de la broma lo habría pagado caro, señor Shimura, me comentó el inspector. No obstante, para su tranquilidad, registraron todas las habitaciones. Fue en la última, la de los tatamis, donde la descubrió uno de nuestros hombres, en el fondo del *oshiiré*, el armario de los futones. Al principio no vio nada, porque ella se había subido al estante y estaba acurrucada en la penumbra (el agente no había corrido la puerta del todo). Parecía un animal asustado, incapaz de articular el menor sonido. Sí, era como un animal acorralado. El agente nunca había visto nada igual.

Luego, el inspector me preguntó cuándo pensaba pasar por comisaría, porque convenía agilizar la denuncia. Yo no lo oí en ese momento y reaccioné con un poco de retraso: esta tarde, en cuanto salga.

Mucho después de que la mujer desapareciera de mi pantalla (sin duda, en el momento en que forzaron la entrada), mis ojos seguían fijos en la cocina a través de aquel hipnótico traga-

luz de cuánto: ¿diez centímetros por quince? Todo había terminado. En el centro del campo visual de la cámara, que seguía filmando como si tal cosa, los enseres domésticos esperaban el regreso de la intrusa. ¿De qué otra forma podía llamarla? La taza de té y el cocedor de arroz Zojirushi, ovalado y blanco como un huevo de avestruz o una astronave para liliputienses, en los que habría dejado las huellas dactilares y, sin duda, unas cuantas células muertas. Muertas pero formadas por bulliciosos átomos, con sus correspondientes electrones, que también se agitan, y sus manadas de quarks y protones, cuyas propiedades físicas, que se nos escapan, encerrarían la clave de todo. La clave del universo y de la vida. Así que, si quería llegar a entender lo que había ocurrido en mi casa, quizá debería apresurarme a recoger los cadáveres de aquellas células y estudiarlos.

Tenía que sacudirme aquel estupor que formaba una extraña combinación con mi tristeza, y con cualquier otra tristeza, de la que, según me han dicho algunas mujeres antes de dejarme, soy un gran productor, incluso un gran exportador. Igualmente, no iba a ponerme

a lloriquear a la vista de mi cocedor de arroz, y además un compañero acababa de hacerme una pregunta delicada: ¿Y ahora qué? Podría haberle respondido que acababan de detener en mi casa a una mujer de cierta edad que se disponía a comer arroz blanco, pero lo expresé de un modo totalmente distinto, con términos como intrusión y allanamiento de morada, guardándome de añadir que no había nada claro y que, en lugar de tranquilizarme, esa confusión no hacía más que aumentar mi inquietud...

La habitación donde la «capturaron» está al final de la galería paralela al jardincillo que separa mi casa de la vecina, un jardincillo en el que no hay más que dos arbustos, dos macizos de flores y una linterna de piedra. Es un cuarto con seis tatamis en el que apenas entro, pues lo destino a los invitados, que, por así decirlo, no le hacen los honores. En el armario donde se había escondido con la esperanza de pasar inadvertida sólo hay futones, mantas y almohadones, en la parte de abajo. En la de arriba, nada. En cuanto a la habitación

propiamente dicha, está vacía. Una lamparita de madera negra y papel blanco vela sobre ese vacío, pero no se enciende casi nunca: la última visita que recibí —mi hermana y su marido— se remonta a más de un año.

